

Representaciones sociales y discursos racistas en la ciudad de Chihuahua

Arturo Mario Herrera Bautista
EAHNM

En este artículo vamos a abordar varios aspectos relativos a las relaciones interétnicas entre la población mestiza urbana y la población rarámuri o tarahumara que viven en la ciudad de Chihuahua. Trataré de mostrar cómo estas relaciones establecen un sistema social asimétrico en el que la población mestiza tiene un carácter fuertemente discriminatorio y excluyente ante lo cual los habitantes rarámuri tienen que adoptar formas culturales e identitarias de resistencia para soportar los embates que los ponen en una condición de vulnerabilidad y subordinación. Esta dominación cultural es ejercida a través de varios procedimientos entre los que destacan los discursivos, pero que incluye además un complejo entramado de actitudes, representaciones sociales, territorialidades, valores, prejuicios, desigualdades y las llamadas acciones afirmativas, que en su conjunto constituyen los que más adelante llamaré “el dispositivo racista”¹.

Este artículo se divide en cuatro apartados. El primero describe en términos generales el modo de habitar la ciudad de Chihuahua por parte de los rarámuri que llegan a establecerse en ese espacio urbano del norte del país. El segundo apartado hace una revisión del concepto de racismo y se fija la posición teórica respecto a ese concepto que se empleará en el resto del artículo. Algunas de las principales formas en que se

ejerce el racismo en este contexto, serán revisadas en el tercero y cuarto apartado, primero a través del análisis del discurso que emplean los dos principales diarios de la entidad y luego analizando las entrevistas que se realizaron con diversos sujetos mestizos que viven y laboran en la capital del estado de Chihuahua. Finalmente se concluirá tratando de caracterizar lo que denominé el dispositivo racista.

Espacios diferenciados

La ciudad de Chihuahua, como muchas ciudades modernas del país es un mosaico cultural compuesto por áreas que manifiestan un altísimo contraste simbólico e imaginario que genera distinciones socioculturales distribuidas sobre espacios que pueden caracterizarse con diferentes calificativos tales como urbanizado o marginado, exclusivo o popular, clasemediero o proletario, seguro o inseguro, etc. Son divisiones simbólicas que el imaginario urbano, construido y compartido por buena parte de los habitantes de la ciudad establece, normas de interrelación que regulan los desplazamientos, posibilitan o niegan las trayectorias de los diferentes actores sociales, establecen territorialidades, sentido de lo propio y ajeno, de lo conocido y desconocido, de seguridad y riesgo, de lo diurno y nocturno, lo laboral y lo placentero y que acercan o alejan lugares de acuerdo a la construcción topológica que cada grupo social crea para sí. Todo un universo simbólico que define el uso y la vida de la ciudad y de sus diferentes actores, pues este imaginario genera una percepción de un nivel superior, diferente al simple registro visual, que obedece a reglas y formas discursivas y sociales muy profundas. (Silva, 2000).

En ese contexto, podemos afirmar que los rarámuri que llegan y se instalan en la ciudad de Chihuahua ocupan espacios sociales muy delimitados, nichos laborales muy específicos y fuertemente etnizados, viviendas claramente especializadas, muchas de ellas construidas deliberadamente para ellos, para mantenerlos concentrados y aislados del resto de las casas, excepción hecha de los grupos marginados con los que es común que compartan su hábitat.

Generalmente los rarámuri son remitidos a las colonias populares periféricas, muchas de ellas de autoconstrucción, sin servicios, sin transporte público, con calles sin asfalto, mal trazadas, donde conseguir agua, alimentos y los satisfactores mínimos es una proeza cotidiana a la que se ven sometidos



Imagen 7. Mujer, Asentamiento Díaz Infante. Foto Arturo Herrera Bautista

¹ Este artículo se elaboró con información generada durante una investigación mayor publicada bajo el título: Vivir en los intersticios. Estrategias identitarias de los rarámuri en la Ciudad de Chihuahua. CIC-Museo Universidad Autónoma de Baja California- INAH, 2013.

hombres y mujeres rarámuri, quienes gastan buena parte de sus ingresos en desplazarse de estos espacios a los lugares donde laboran y en conseguir los servicios que deberían estar garantizados por el modo de vida urbano. Ese es el caso de colonias como Ladrillera Norte, Ladrillera Sur, Cerro Grande, Granjas Soledad, Colonia Aeropuerto, Colonia Tarahumara, Lealtad II, El Porvenir entre otras.

Por otra parte, los espacios públicos a los que pueden acceder los rarámuri en la ciudad también están bien delimitados, pues tienen acceso a lugares tales como estacionamientos y esquinas para pedir kórima², plazas y jardines públicos, el atrio de la Catedral, algunas canchas deportivas populares, escuelas primarias y secundarias si no bilingües, sí etnizadas, las calles del centro de la ciudad, algunos bares y antros de baja estofa y lugares propios para los entes marginales urbanos, tales como niños de la calle, alcohólicos, drogadictos, vagos y miserables, es decir, seres no incorporados a la estructura social que fluyen bordeando las clasificaciones sociales.

En contraste, hay lugares públicos en los que se imponen fronteras étnicas mucho más férreas, inflexibles y poco permeables tales como los centros comerciales o malls, los cines, restaurantes, hoteles, centros de convenciones y de negocios, clubes, e incluso, muchos fraccionamientos, no sólo los exclusivos, cerrados y vigilados, sino aquellos de clase media alta en los cuales ver a un o una rarámuri remite de inmediato a la idea de que se trata de alguien que viene a prestar un servicio como trabajadora doméstica, jardinero o albañil, o bien que es vendedor de hierbas o korimero.

Con las descripciones anteriores quiero enfatizar la percepción que los mestizos tienen sobre los rarámuri en la ciudad. En general los identifican como personas que no corresponden a la vida urbana, que están de paso o para servir a los mestizos, que tienen negada cualquier otra posibilidad y que en el largo plazo tendrán que regresar a la sierra de donde salieron, para vivir de un modo más apegado a su cultura y sus formas de vida. Más adelante revisaremos los resultados de entrevistas hechas a mestizos urbanos sobre la presencia de los rarámuri en la ciudad.

Lo que quiero establecer en este momento es la enorme distancia simbólica que los mestizos tienden a establecer con los rarámuri, que se expresa muy visiblemente en la espacialidad que se les ha impuesto y en los nichos territoriales que les dejan para su proceso de inserción residencial, que se convierte en prácticas de separación y exclusión de los rarámuri.

La ciudad entonces es para los rarámuri un conjunto de lugares permitidos y lugares prohibidos, lugares donde su presencia es reconocida como legítima, donde viven sus amigos y parientes, donde son acogidos por los integrantes de sus red social en los que los lazos fuertes se viven sin presiones y otros lugares donde su presencia se tolera pues se considera

² Kórima es una palabra rarámuri que significa originalmente algo así como ayuda mutua o reciprocidad, pero que en la práctica se traduce en el contexto urbano en pedir dinero y otros bienes en las calles.



Imagen 8. Teweke. Foto Arturo Herrera Bautista

necesaria para desempeñar algún trabajo o prestar algún servicio, lugares de esparcimiento y solaz, puntos de reunión con parientes y amigos y rutas de desplazamiento para conectar esos lugares. El resto de la ciudad son lugares que los repelen, que les imprimen fuertes barreras simbólicas, lugares a los que ellos mismos han dejado de intentar acceder.

Racismo

Para poder continuar tenemos que hacer una digresión teórica acerca del concepto racismo y cómo opera en la realidad chihuahuense. Tal como lo señala Alicia Castellanos (2001), una de las antropólogas que más han estudiado el fenómeno del racismo en México, una buena vía para analizar este tema es a través del análisis del discurso y de las condiciones materiales y simbólicas que sustentan las imágenes y percepciones que establecen una jerarquización de las diferencias culturales, biológicas y sociales a partir del estigma. En este sentido, Michel Wieviorka (1992: 115-128) ha revisado este concepto y entiende que se sustenta antes que nada en prejuicios. Las teorías sobre los prejuicios han evolucionado en diferentes sentidos. Encontramos desde aquellos autores que entienden los prejuicios como actitudes negativas o predisposición a adoptar un comportamiento negativo e injustificable hacia un grupo o miembros de ese grupo, basado en generalizaciones erróneas o rígidas, creencias indemostrables conocidas como estereotipos. En este caso, los estereotipos tienden a generalizar sus valoraciones, por ende tienden a ser inexactos, adquiridos



de segunda mano y a mostrar resistencia a modificarse. Otras versiones del prejuicio son más instrumentalistas y consideran que el prejuicio y los estereotipos sirven para instaurar la dominación sobre los grupos, pues al presentar al otro con una valoración negativa, el grupo dominante se autopresenta con una valoración positiva y con ello se legitima. Finalmente estarían las formas más sutiles de racismo que rechaza los estereotipos más burdos y la discriminación más evidente y se cuestionan los apoyos que el asistencialista brinda a los más desposeídos, en lugar de promover y universalizar el libre juego de la competencia y el éxito basado en méritos individuales. Tal es el racismo propio del modelo neoliberal, multicultural y democrático vigente.

A esta última forma de prejuicio Wiewiorka lo inscribe en lo que denomina racismo simbólico o neoracismo, que es un racismo desigualitario y que se caracteriza por ser capaz de generar argumentos racionales, con lo que resta importancia a los prejuicios, es decir, es un racismo más velado. Este autor distingue finalmente entre el primer racismo o universalista, al que califica como “de desigualdad”, que considera que el Otro tiene lugar en la sociedad a condición de que sea aminorado y explotado en la condición más baja de la sociedad, mientras que el segundo, denominado diferencialista, que considera que el Otro es irreductiblemente diferente por su cultura y que por tanto hay que mantenerlo apartado, segregado y si es posible, expulsarlo. El primer tipo de racismo recurriría a una lógica de inferiorización, el segundo a una lógica de diferenciación. Desde su perspectiva, para que el racismo cobre realidad en una sociedad, ambas lógicas deben confluir y conjugarse, donde la diferencia pueda imputarse a un grupo minoritario y vulnerable, susceptible de ser considerado inferior. (Wiewiorka, 1994: 40-42).

En ese sentido, en México aún es común que los prejuicios se trasladen al terreno étnico o por lo menos al de la diferenciación de aquel grupo que no solamente se considera

diferente, sino además inferior. Las percepciones y comportamientos hacia el otro dependen de las representaciones que brindan características identitarias que se le atribuyen a cada actor social. Estos atributos no fluyen inocentemente, sino que están determinados por las diferentes posiciones sociales y de poder que se disputan y conquistan en el campo social, donde hay grupos que concentran el poder y por ende la capacidad de establecer la categorización del resto de actores sociales.

Los atributos de una identidad étnica pueden ser estereotipados por los integrantes de las identidades dominantes y ser valorados negativamente, a grado tal que se vuelven desacreditadores para quien los porta pues se consideran un defecto, una falla o desventaja, cayendo en el descrédito.

El racismo posee un sistema compuesto a su vez por un subsistema social y otro cognitivo. El primero está constituido básicamente por prácticas sociales discriminatorias a nivel micro y por relaciones de abuso de poder por parte de los grupos dominantes e instituciones que se dan a nivel macrosocial. El subsistema cognitivo es menos evidente y tangible que el anterior, pero también tiene una base mental enraizada en prejuicios e ideologías discriminatorias, conscientes e inconscientes que presuponen representaciones socialmente compartidas y negativamente orientadas hacia “Ellos”, hacia los Otros (Van Dijk, 2002: 146).

Teun A. Van Dijk propone una correspondencia básica entre prejuicio y dominación que considero se adecua a la realidad de las relaciones interétnicas entre mestizos chihuahuenses y rarámuri. Esta teoría establece una relación funcional entre prejuicio como herramienta utilizada estratégicamente por los sectores dominantes para maximizar sus ventajas y minimizar la de los “otros”. Considero que en nuestro caso la propuesta de Van Dijk es adecuada puesto que es consistente con lo que denomino dispositivo racista, es decir, el conjunto de discursos, percepciones, actitudes e instituciones que están directamente orientados a mantener las relaciones de dominación, exclusión social y desigualdad sobre las poblaciones indígenas.

Así ocurre con los rarámuri en Chihuahua de acuerdo al discurso de los medios de comunicación y lo manifestado por los entrevistados en esta investigación, pues se les ve en la ciudad como fuera de lugar, ocupando un espacio que no es naturalmente suyo y ajenos a la organización social mestiza. Además se afirma que su cultura sufre la pérdida de tradiciones y sus costumbres legendarias que les impide seguir siendo rarámuri y continuar siendo emblema de las culturas duras y resistentes del norte de México.

Por otro lado y en forma contrastante, existe el convencimiento de que deben acceder al camino del desarrollo y el progreso trazado por el modelo de desarrollo nacional, a los proyectos productivos, incorporarse a los megaproyectos turísticos, a la educación técnica y superior, incentivando esta opción con becas, comercializando más, mejores y diversas



Imagen 9. Mujer, Asentamiento Díaz Infante. Foto Arturo Herrera Bautista

artesanías que incorporen procesos productivos más modernos y asimilándose a las condiciones de la vida contemporánea con todas sus ventajas y reglas.

Puedo adelantar que de acuerdo a los testimonios recogidos durante esta investigación hay dos clases de percepción acerca de los rarámuri que habitan o que circulan por la ciudad, ambas parten de una estigmatización de su identidad étnicas: una percepción miserabilista que los considera tanto a nivel grupal como a nivel individual, como personas degradadas, en condiciones de desventaja y vulnerabilidad, con una incapacidad natural para salir adelante y quienes hay que ayudar y apoyar dándoles kórima y programas subsidiarios de desarrollo social, salud, alimentación y educación, entre otros. Esta perspectiva corresponde a la manifestada por representantes de las instituciones federales y estatales, la iglesia y algunos empleadores y ciudadanos que individual o colectivamente apoyan por diferentes vías aquellos aspectos sociales donde se considera que los rarámuri tienen déficits.

La otra forma de heteropercepción de los rarámuri no es tan indulgente sino más hostil, en particular sobre su presencia en la ciudad, que tiende a considerar que, al igual que mucho de lo que viene de fuera y es diferente, concentra elementos que de algún modo resultan amenazantes para la estabilidad y armonía social de la capital del estado. En este caso la prensa escrita y los medios de comunicación, así como las mismas campañas oficiales contribuyen a generar las representaciones que la sociedad en su conjunto tiende a reproducir y a imponer como la realidad propia de los rarámuri. La imagen desventajosa que se tiene de los rarámuri, es calificada por los medios de comunicación con contenido descalificadores o degradatorios. Más adelante veremos los resultados de un análisis del discurso elaborado sobre la prensa escrita en los periódicos locales para corroborar esta afirmación.

Ambas imágenes, de algún modo negativas, desvalorizantes y etnocéntricas son la fuente de producción de las representaciones sociales con que la sociedad mestiza mayoritaria establece sus fronteras frente a los rarámuri a partir de las cuales forja su propia identidad, en apariencia superior, y en la práctica dominante. Ello determina el tipo de trato que se le brinda a los rarámuri.

Para comprender las representaciones sociales que la población mestiza o chabochi tiene sobre los rarámuri, se recurrió a dos procedimientos: un análisis de los discursos periodísticos con que se abordan temas relacionados a los rarámuri en general y los que habitan la ciudad en particular, y la realización de entrevistas semiestructuradas en las que traté de averiguar las percepciones de la sociedad mestiza sobre los rarámuri. Para ello elegí muestras al azar de personas que hayan tenido relación de algún tipo con los rarámuri y otros que no la hayan tenido.

Análisis del tratamiento de la identidad rarámuri en los medios periodísticos

El ejercicio de análisis crítico del discurso que realicé sobre la prensa local se basa en la propuesta de Teun Van Dijk (2002, 2005, 2008) que toma en cuenta recursos discursivos con los que se genera la manipulación o el efecto sobre las representaciones sociales. Entre estos recursos destacan los siguientes:

- Los titulares de cada nota, que no sólo definen la situación étnica a tratar, sino que además la evalúan mediante el uso de verbos y sustantivos específicos. Se usan para acentuar importancia de lo intrascendente de Ellos (asignarle peso extra) o restar importancia a lo substancial que genera mala impresión de Nosotros.

- Los temas que se destacan y publican para referirse a la situación de los rarámuri, un número muy limitado de cuestiones estereotípicas que dominan las interpretaciones sobre asuntos étnicos, mucho de ellos valorados como negativos o conflictivos.

- La estrategia de publicar una autopresentación positiva y la presentación negativa del "Otro". Léxico o palabras positivas para nosotros, negativas para ellos.

- Las historias y crónicas carecen de un final concluyente, como indicando que son problemas que tienden a eternizarse sin solución y con los que la sociedad en su conjunto tiene que cargar.

- Los medios hablan a través de terceros relacionados con los "Otros", agentes que "velan por sus intereses". En nuestro caso: profesor del albergue, enfermera, padre, obispo, médico, funcionario, filántropo, miembro de organizaciones no gubernamentales (ONG) o vecino mestizo. Cuando se les deja hablar directamente a los Otros, su voz es colectiva: las madres de familia, los pobladores, la comunidad, el pueblo o a lo sumo sus autoridades, a las que la opinión pública considera "sus representantes".

Revisé al azar notas periodísticas aparecidas entre 2007 y 2010 en la prensa local, la mayoría en el periódico de la Organización Editorial Mexicana "El Heraldo de Chihuahua", que es el más leído en la entidad y algunas del "El Diario de Chihuahua".

Respecto a los titulares se puede afirmar que la mayoría hablan de los rarámuri como problema, destacan aspectos negativos y carenciales tales como la pobreza, la marginación, la desnutrición, la presencia de enfermedades prevenibles, las adicciones tales como el alcoholismo y la drogadicción, situaciones todas que al asociarlas sistemáticamente con este grupo indígena, provoca que se genere un conjunto de representaciones sociales como efecto de ese discurso, que contribuyen a establecer y mantener actualizada una diferencia insalvable entre su cultura frente a la cultura y el modo de vida de la sociedad mestiza, valorada positivamente.

Por otra parte, en los titulares casi no se destacan aspectos positivos del modo de vida rarámuri, las notas con valoraciones positivas se remiten únicamente a celebrar los logros de los estudiantes de nivel superior, deportistas destacados, sobre todo sus corredores de legendaria gloria. Además se mencionan comerciantes, artistas y artesanos que consiguen sobresalir en el mercado local o en las exportaciones, es decir, casos excepcionales que demuestran adicionalmente que los indígenas si pueden tener éxito, cuando son pertinaces y responsables como los mestizos.

Ya en el cuerpo textual de las notas se observan una serie de prácticas discursivas que se manifiestan en los temas seleccionados para ser publicados, el número de notas sobre este grupo social y los recursos discursivos a nivel léxico, sintáctico y retórico, lo que se traduce en determinados efectos de construcción de representaciones sociales acerca de la estructura social que tienden a imponerse como medio de legitimación de los grupos dominantes.

Entre los temas que destacan en las notas periodísticas encontramos con mayor frecuencia aquellos que enfatizan las diferencias socioculturales y que exotizan sus costumbres, que aquellas que se refieren a las similitudes o equivalencias con la cultura mestiza. Por ejemplo: las que hablan de sus festividades de Semana Santa y otros rituales, de sus formas de curación, sus deportes como las carreras de bola y ariweta o de su indumentaria. En sentido abstracto se habla de respetar su cultura, pues prácticamente cada que aparece la palabra "cultura" lo hace en contextos orientados a hacer un reconocimiento indeterminado del valor de la diversidad y el aporte rarámuri a ella, pero cuando se habla de aspectos específicos se tiende a valorar por un lado, positivamente cuando se refiere al exotismo, la cosmovisión, los rituales, y otros elementos característicos, pero se valora negativamente cuando esa misma cultura atenta



Imagen 10. Semana Santa en el Asentamiento Díaz Infante. Foto Arturo Herrera Bautista

contra los valores propios de la modernidad occidental y de la ideología del desarrollo y el orden social. Es decir, es positiva mientras se mantenga diferente y centrada en sí misma, pero se vuelve negativa en cuanto trata de incidir o insertarse en la cultura mestiza o urbana.

Otra temática constante es la supuesta proclividad de los rarámuri por las conductas desviadas de las normas establecidas, tales como el alcoholismo, la drogadicción, la promiscuidad y la consecuente presencia de enfermedades de transmisión sexual, la suciedad, el abandono de la escuela, entre otros. En general se puede decir que hay un número muy limitado de temas estereotípicos que dominan las interpretaciones sobre temas rarámuri en la prensa, mucho de ellos valorados como negativos o conflictivos: violencia, crimen, discriminación, migración a la ciudad, diferencias culturales, deportes, discriminación y maltrato de las mujeres, hábitos culinarios, imputación a los rarámuri de sus propios problemas urbanos (por carencia de educación, por no hablar español o por falta de empleo).

Es sintomático del racismo particular de la prensa y el habla común chihuahuense, el arcaísmo de racializar las diferencias con el uso relativamente frecuente de la expresión "raza tarahumara", con lo cual las diferencias culturales recuperan su base biológica que nos remite a un racismo primario. Por otro lado, se observa una aceptación tácita de las opciones de ocupación y empleo de los rarámuri, en general las menos calificadas, físicamente más duras y peor remuneradas son las adecuadas a sus capacidades, su baja escolaridad y su "gran resistencia física". En general su vida puede verse como un compendio de problemas y por lo tanto se hace indispensable la ayuda del "nosotros" chabochi y de políticas compensatorias.

De acuerdo a lo expresado en la prensa por los funcionarios de diversas instituciones, aunque lleven siglos viviendo en los ecosistemas serranos, se valora que los rarámuri no son totalmente aptos para desarrollar estrategias de sobrevivencia y opciones para mejorar sus condiciones de vida, por lo que se requiere de la intervención institucional con capacitación productiva en tecnologías sustentables, ecotecnologías, programas de apoyo directo, inversión productiva, introducción de megaproyectos de capital privado como tales como la minería y el teleférico y otros proyectos turísticos, lo que se reflejará en mejoras en su modo de vida, el cual es deficitario y que dejados a su propio destino, no tienen futuro a largo plazo.

Otras fórmulas discursivas recurrentes son las siguientes: se habla de "los rarámuri" en plural a diferencia de los mestizos que aparecen a título individual o como representantes de instituciones, organizaciones o cualquier instancia debidamente reconocida. En casos de conflicto por la propiedad de recursos naturales y el territorio, los mestizos poseen argumentos, documentos y estatus legal definido, mientras que los indígenas hablan de tradiciones, herencias culturales o derechos humanos, territorios o legislaciones internacionales de difícil aplica-

ción. En muchas notas los declarantes no son directamente rarámuri sino intermediarios como los maestros, funcionarios, médicos, miembros de ONGs o intérpretes, quienes toman la voz en representación de los rarámuri, con lo que se descalifica la capacidad de éstos para enunciar y reclamar sus derechos.

Las instituciones federales y estatales dedicadas al asistencialismo aparecen en la prensa como la panacea para sus problemas de alimentación con las despensas que les entregan, de salud con sus campañas y chequeos constantes, vacunaciones, etcétera y la vía para resolver sus problemas de educación, que viene a solucionar sus procesos de socialización defectuosos. Buena parte de los declarantes institucionales e incluso filantrópicos y benefactores en general, hacen apologías de la cultura rarámuri pero justifican sus propios programas y prácticas de intervención como destinadas a mejorar todos aquellos defectos que por sí mismos no pueden. Estos actores sociales enuncian una autopresentación positiva de sus objetivos y acciones, oscureciendo que en el fondo encuentran a la cultura rarámuri cruzada por inconsistencias, defectos, atrasos y anacronismos. Es decir, se desplaza el sentido racista que encierra su valoración más íntima presentando un discurso benefactor, solidario y atento a las necesidades de “nuestros indígenas”, nuestros, porque no pueden ser entidades autónomas con agencia y subjetividad social propia.

Análisis del discurso racista y de la identidad. Resultados de las entrevistas

Ahora abordaremos algunos resultados de las encuestas semiestructuradas realizadas con población mestiza para tratar de obtener discursos que nos permitan acceder a sus representaciones mentales y percepciones sobre los rarámuri, puedo mencionar que se entrevistaron a personas adultas, de diferentes edades y condiciones socioeconómicas, algunos de los cuales trabajan en el sector cultural y todos con nivel escolar superior a bachillerato. No hay espacio para entrar en detalles estadísticos, pero es importante aclarar que en todos los aspectos que se mencionan a continuación, las respuestas y valoraciones se presentan en orden decreciente, es decir, de mayor a menor frecuencia, de acuerdo al número de respuestas.

La inmensa mayoría de personas consultadas no supo cuántos grupos indígenas originarios del estado existen ni pudo nombrar más que a los tarahumaras. Ante la pregunta que se refería a si éstos viven mejor en la ciudad o en la sierra, las respuestas fueron que de mal a regular en ambas partes.

Los principales problemas que según los entrevistados enfrentan los rarámuri en la ciudad son: discriminación, desempleo, rechazo, vivienda, alimentación y maltrato. Entre las virtudes que les encuentran están: que son muy trabajadores, su cultura, tradiciones, sus artesanías y creatividad, su humildad y su resistencia física. En contraposición, los principales

defectos que les asignan son: que son flojos, sucios, no perseverantes y conformistas, de manera significativa se mencionó recurrentemente el analfabetismo y el alcoholismo.

Las principales diferencias entre rarámuri y mestizos que manifestaron los entrevistados son: la educación, la lengua, la cultura, las costumbres, vestimenta, trabajo y el aspecto físico (color de piel).

Correlativamente, los mestizos resultan según los entrevistados, con una educación superior, son más modernos, bien nutridos, más sanos, limpios, orgullosos de su identidad, trabajadores (“vencedores del desierto”), independientes, dinámicos, exitosos, con menos problemas de alcoholismo y drogadicción, son más prácticos generosos e inteligentes, creativos, confiables y sinceros que los rarámuri.

Respecto al sentimiento que los entrevistados consideran que la presencia de los rarámuri genera en la ciudad, las principales cuatro respuestas fueron: solidaridad, indiferencia, compasión y molestia. Hay que ayudarlos puesto que su cultura no los capacita para vivir en la ciudad pero por otra parte, su presencia en la ciudad se asocia con aspectos tales como el incremento de la indigencia, el alcoholismo, el ausentismo y abandono escolar, la sobresaturación de los servicios públicos de salud, entre otros.

La abrumadora mayoría de entrevistados considera que sí se discrimina a los rarámuri en la ciudad y entre los factores de esa discriminación se ubican la ignorancia de quien discrimina y el racismo, en esa discriminación un aspecto que destacan es el aspecto físico, la indumentaria y el color de la piel (por parecer indígena). La mayoría mencionó que no le gustaría tener de vecinos a una familia rarámuri.

Finalmente, ante la pregunta de qué grupos sociales son los más discriminados, los rarámuri son con mucho el principal grupo, seguido de homosexuales, indígenas “del sur”, indigentes y personas “del sur” o “chilangos”. Otros grupos mencionados con menor frecuencia fueron los pobres, niños de la calle, negros, personas “feas” y prostitutas.

El dispositivo racista

Como vemos las imágenes y percepciones discriminadoras de la cultura mestiza dominante se correlacionan fuertemente con el discurso y la forma de lexicalizar las relaciones interétnicas y las diferencias que definen ambas identidades. Estas representaciones sociales se corresponden y refuerzan a su vez con el sesgo que introduce como hemos visto el discurso periodístico, que conjuntamente generan el discurso polisémico racista local.

Al conjunto de estas formas de enunciación, sentimientos y percepciones, junto con las instituciones, los declarantes y actores sociales, las disposiciones oficiales y ordenamientos legales, la distribución y marginalidad de los asentamientos



Imagen 11. Coro infantil. Foto Arturo Herrera Bautista

indígenas dentro de la ciudad, constituyen lo que podemos denominar dispositivo racista de la cultura mestiza hegemónica.

Retomo el concepto “dispositivo” de Michel Foucault quien lo describe como

“un conjunto resueltamente heterogéneo, que implica discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos; proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en síntesis, tanto lo dicho cuanto lo no dicho, he aquí los elementos del dispositivo. El dispositivo es la red que puede establecerse entre esos elementos... Eso es el dispositivo: unas estrategias de relaciones de fuerza soportando unos tipos de poder y soportadas por ellos” (Foucault, 1985: 128, 130).

En el dispositivo racista que propongo queda incorporada, toda una gama de instituciones, políticas identitarias, prejuicios y actitudes de la sociedad mestiza. Igualmente se incorporan una forma de pensar y hablar de los rarámuri en general y de los que habitan en la ciudad en particular, una forma de distribuir sus viviendas, de trazar sus recorridos urbanos, de establecer sus locus laborales y escolares, una normatividad en cuanto a su atención gubernamental, una ética benefactora y una filantropía miserabilista desde donde se ejerce un poder discriminador y al mismo tiempo compasivo, que se constituye en un recurso para ejercer las distancias sociales.

Como espero haber puesto de manifiesto en el apartado anterior, tanto los entrevistados como el análisis de las notas periodísticas manifiestan la presencia tanto de prejuicios inferiorizantes, como los basados en la diferenciación de los que habla Wiviorka y que hemos referido anteriormente, pues mediante el dispositivo racista se tiende a descalificar a los rarámuri, a negarles la capacidad de agencia así como la posibilidad de encontrar caminos propios y al mismo tiempo se establecen diferencias culturales insalvables que los mantiene a una distancia prudente, los aíslan dentro de sus espacios pro-

pios apartado y segregados. Por una parte se les inferioriza, por la otra se enfatizan las características diferenciales hasta extremos estigmatizantes. Ambos procedimientos a través de los cuales operan los prejuicios, se dan cita en las múltiples dimensiones del dispositivo racista.

Este dispositivo impregna en buena medida las relaciones interétnicas entre mestizos y los rarámuri que llegan a vivir a la ciudad de Chihuahua y promueve las prácticas discriminatorias correspondientes. En general, muchos tipos de relación, transacción, contratación, compadrazgo están tamizados por este conjunto de discursos polisémicos que dejan en una situación endeble a los rarámuri urbanos, determinan las tensiones del poder y calibran las relaciones en el campo de negociación de las identidades étnicas.

La pregunta que surge ante esta situación es naturalmente ¿cómo reaccionan los rarámuri en la ciudad de Chihuahua ante el dispositivo racista? Precisamente en ese medio desfavorables los rarámuri construyen y reconstruyen sus identidades cambiando de posicionamientos táctica y estratégicamente según se les presente la situación. Ese conjunto de estrategias identitarias con el que responden al dispositivo racista son un tema, que por falta de espacio habrá que desarrollar en otra ocasión.

Bibliografía

- Castellanos, Alicia (2001) “Notas para estudiar el racismo hacia los indios en México. Papeles de Población, abril-junio, núm. 28, UAEM. Toluca.
- Foucault, Michel (1984), “El juego de Michel Foucault”, en Saber y verdad, Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Herrera Bautista Arturo Mario (2013). La vida en los intersticios. Estrategias identitarias de los rarámuri en la ciudad de Chihuahua. CIC-Museo, Universidad Autónoma de Baja California, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Silva, Armando, (2000) Imaginarios Urbanos. 4ª. Ed. Aumentada, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Van Dijk, Teun, (2002) “Discourse and racism”, en: David Theo Goldberg, John Solomos, A companion to racial and ethnic studies, Blackwell Publishers Ltd, Massachusetts, E.U.
- Van Dijk, Teun, (2005), Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina. Gedisa Editorial, Barcelona.
- Van Dijk, Teun, (2008), Ideología y discurso. Ed. Ariel, S.A. 2ª. Edición, Barcelona.
- Wieviorka, Michel, (1992), El espacio del racismo. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona.
- Wieviorka, Michel, (1994), “Racismo y exclusión”. Estudios sociológicos, XII: 34, Colegio de México.